



Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

VIII. La misión de la familia, en María

1. *Una misión materna*
2. *Evangelizar en María: evangelizar desde el amor y el amistad*
3. *Evangelizar en María: quien evangeliza es la familia*
4. *María, presente en la misión de la Iglesia hasta el fin del tiempo*
5. *Preguntas*

“¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” Lo que dice san Pablo, se puede decir también familiarmente: “¡Ay de nuestra familia si no predicara el Evangelio!” (1Cor 9,16). ¿Qué significa esto?

Para entender qué es una familia misionera hace falta fijarse en María. Ella da a la misión su toque familiar y da a la familia su toque misionero. ¿Qué significa ser misioneros *en María*? Para entenderlo vamos a evocar una historia: la vida de María después de Pentecostés.

Sabemos bien poco de este tramo de la vida de la Virgen. La última noticia es que estaba con los Discípulos en oración, hasta que descendió sobre ellos el Espíritu, como nos narran los Hechos (Hch 1,14). ¿Qué pasó después? Para imaginar su historia hay que empezar un poco antes, en el encuentro de María con Jesús resucitado.

1. Una misión materna

Tras haber seguido a su Hijo y haber padecido con Él, María podría haber pensado que Ella había cumplido ya su parte y que la misión les tocaba ahora a los Apóstoles. “Id al mundo entero y predicad el Evangelio” se lo habrían pedido a otros, no a Ella.

Ahora bien, Jesús, bajo la Cruz, había encomendado a María, por hijos, a los Apóstoles. Y allí donde van los hijos, allí ha de estar la madre.

Esto se le hizo claro a María en su primer encuentro con Jesús resucitado. Jesús no se le apareció solo para consolarla. Tenía que explicarle qué significaba lo que le dijo bajo la Cruz: “Mujer, ahí tienes a tu Hijo” (Jn 19,27). *Si Jesús había llamado a su Madre a cooperar en su obra, no había de negar a los Discípulos esta misma cooperación, pues María era ya la Madre de los Discípulos.* De esta forma se incorporaba a la misión de la Iglesia el elemento materno, femenino. El Resucitado se apareció a María para discutir con Ella planes de misión.

Sabemos que san Lucas escribe su Evangelio recibiendo información de los testigos oculares (Lc 1,2). Entre ellos descuella María. La Virgen informó a san Lucas de lo que había sucedido en Nazaret y Belén con el nacimiento de Jesús (Lc 1-2). Pero María no se paró ahí. Comenzó a contarle a Lucas cómo Ella estuvo también presente al nacer la Iglesia y al expandirse.

Por eso san Lucas puso en paralelo la infancia de Jesús y lo que podemos llamar “infancia de la Iglesia”. El Evangelio según san Lucas empieza hablando de Jesús niño, acogido por María, que *“iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia”* (Lc 2,52). Y luego los Hechos de los Apóstoles hablan de cómo iba también creciendo la Iglesia, que se reunía en oración junto a María: *“la Palabra de Dios iba creciendo”* (Hch 6,7). ¿No es lógico que la Madre del Señor, que dio hogar a Jesús para que creciera, diera hogar también a la Iglesia cuando se expandía por el mundo?

Podemos preguntar a María qué le movía a evangelizar. Nos responde: “No evangelizo sólo porque Jesús lo haya ordenado desde fuera, sino porque ese mandamiento de Jesús me quema dentro. ¡Ay de mí si no evangelizara!, pues dejaría de ser yo” ¿De dónde viene este deseo de propagar la Palabra?

Según san Agustín, se puede definir así la misión: “dar testimonio de que todo lo hemos recibido de otro”. La misión no es el intento de convencer a los demás, sino el testimonio de un don recibido por el que estamos llenos de gratitud. María es misionera porque no puede contener su gratitud: “¡proclama mi alma la grandeza del Señor!” Cuando se recibe un don tan grande que llena el corazón, ese corazón desborda. *Dime cómo es de misionera tu familia y te diré cómo está tu familia de gratitud y alegría.*

¿Y cómo es de grande la gratitud de María, que mide su impulso misionero? María ha recibido infinitamente de Dios. Ha recibido tanto, que no puede devolvérselo, porque lo que ha recibido es su propia existencia. Le sucede a Ella como a los hijos que han recibido la vida de sus padres. Tienen deseo de poder dar lo mismo a cambio, pero no pueden, porque lo que han recibido es todo lo que son. ¿Es posible devolver a nuestros padres según la medida de lo que nos dieron?

Una respuesta es: pagamos a nuestros padres cuando tenemos hijos y nos damos a ellos. Cada generación cumple la deuda con sus padres cuidando de los propios hijos. Devuelve a los abuelos en el don que hace a los nietos. ¿Y si los hijos no vienen? Devolvemos también la deuda a nuestros padres cuando nuestro amor es fecundo de muchos otros modos: cuando hacemos crecer al cónyuge hacia Dios, cuando edificamos la sociedad y la Iglesia, cuando damos testimonio de que en nuestro vínculo se hace Cristo presente, ofreciendo nuestro dolor y gozo.

Pues bien, esto sucede también con la misión. Hemos recibido la fe de Dios y la hemos recibido mediada por otros. Ahora, con nuestra misión, pagamos una deuda de gratitud, a Dios y a los que nos dieron la fe. La pagamos haciéndonos fuente de Evangelio para otros que se convertirán en hijos de Dios. Con nuestra obra haremos buena la entrega que nos precedió, y ese será nuestro pago. María nos enseña que la misión es respuesta a un don que nos supera, y al que solo podemos corresponder regalando este don a otros.

2. Evangelizar en María: evangelizar desde el amor y el amistad

Movida por esta dicha María se pondría a evangelizar con los Apóstoles. Su mano, discreta, se puede descubrir en algunos pasajes de los Hechos. Son aquellos pasajes en los que la evangelización pasa por el hogar y por la familia. María, como Madre, recordaba a los Apóstoles que la misión se hacía en familia y que se orientaba toda ella a formar familias que acogiesen y viviesen el Evangelio. Gracias a María, la misión de la Iglesia no era obra de individuos aislados que obraban sobre otros individuos aislados. Ella enseñó a los Apóstoles que la misión consistía en crear hogares cristianos, que, a su vez, hicieran de la Iglesia un hogar.

Vemos esto en el Evangelio cuando entran en la Iglesia familias enteras. Por ejemplo, Cornelio se convierte y, con él, sus parientes y amigos (Hch 10,24). Luego, tras escuchar a san Pablo, Lidia se convierte y bautiza “con toda su casa” (Hch 16,15). Lo mismo sucede al carcelero de Filipos (Hch 16,32) y a Crispo, jefe de la sinagoga (Hch 18,8), que entran en la Iglesia con todos los suyos. Es que *el Evangelio no toca al hombre aislado*, separándole del resto, *sino que lo toca en sus relaciones* y convierte todas sus relaciones. Podemos imaginar a María detrás de estas escenas, haciendo posible que los convertidos comprendieran que la Iglesia se edifica con familias.

Esto significa que, para evangelizar, el primer paso es trazar vínculos de amistad con otras familias, tal vez lejanas de la fe. Es entablar relaciones genuinas en el trabajo, en el ocio, en la vida social. Esta amistad genuina es el terreno sobre el que podrá actuar el Evangelio. Pues cuando hay amistad verdadera, esta amistad crecerá hasta su meta, que es Cristo. Si nuestra familia, vistas las dificultades del ambiente, se aislara y no trabara vínculos, aunque luego diera testimonio de su fe, transmitiría una fe sin arraigo, que no florecería. *La plenitud del amor que es el Evangelio, solo puede anunciarse a aquellos con quienes hemos trazado vínculos de amor*. Recuerdo una iniciativa en nuestra parroquia de Denver donde, para Navidad, cada familia estaba llamada a invitar a Misa a otra familia amiga, que tal vez hubiera abandonado la práctica de la fe.

3. Evangelizar en María: quien evangeliza es la familia

Pero, además, María recuerda a los Apóstoles, no solo que se evangelizan familias, sino que *es la familia la que evangeliza*. Ella, creadora de ambiente, insiste en que el Evangelio florece en un ambiente de comunión. Pues Jesús envió a sus Discípulos *de dos en dos* (Lc 10,1). Los envió de dos en dos porque eran misioneros del amor; y hacen falta al menos dos para que

haya amor. Podemos pensar que estos dos eran también marido y mujer, dos en una sola carne, y que estaban ahí los hijos. Y entendemos que María andaba detrás de este método apostólico, enseñándonos que la familia misma es misionera.

Vemos huellas de María en otras mujeres que aparecen en los Hechos. Hay una familia misionera, la de Priscila y Áquila, colaboradores de san Pablo (Hch 18,1-3; 18-19; 24-26; Rom 16,3-5; 1Cor 16,19; 2Tim 4,19). Es curioso que la mayoría de las veces es la mujer, Priscila, la que aparece en primer lugar. Es como si se pusiera por delante a la comunión de hogar que Ella crea. También Lidia, la vendedora de púrpura, y su familia, colaboran con Pablo en la misión (Hch 16,14-15.40). Es interesante que Priscila y Áquila eran, como san Pablo, tejedores de tiendas. En este oficio vemos un símbolo de un método evangelizador: la Iglesia como una tienda o casa que ofrece cobijo a los hombres.

De este modo María nos enseña que *una forma esencial de la misión es la hospitalidad*. No hay evangelización si no hay un lugar adonde el Evangelio nos congregate. Para que crezca la semilla, sobre todo en el desierto en que vivimos hoy, es menester proporcionar buena tierra donde esta semilla puede arraigar. Mal puede llamar a otros a que vivan la comunión, aquel que habita en el desierto solitario del desamor. Incluso aunque vengan, pronto se irán, pues no encontrarán lugar donde arraigarse y experimentar la vida buena del Evangelio.

Además, la familia es importante para la misión por otro motivo. Se suele objetar esto contra la evangelización: “¿Por qué quieres convertirme? Vive tu vida y a mí déjame vivir la mía. Si yo no quiero salvarme, ¿a ti qué te importa?” La respuesta a estas preguntas depende del tipo de relación que haya entre quien anuncia y quien recibe la Palabra. Si somos ajenos unos a otros, entonces, en efecto, cada uno puede exigir que le dejen en paz. La cosa cambia si se trata de un padre y su hijo; o de marido y mujer; o de dos hermanos. Entonces el evangelizador puede responder así: “quiero atestiguarle el don que he recibido, porque para mí es esencial que lo recibas y que lo compartamos, porque tú eres familia mía y, por tanto, si no te salvo a ti no me salvo a mí mismo”.

Pues bien, María entra como madre en la misión para atestiguar que somos hermanos y que la suerte del hermano no nos es indiferente. No se trata de convencerle de nada, ni de venderle ninguna moto, sino de atestiguarle una vida grande, para que pueda también recibirla en libertad. No queremos hacerle igual que nosotros, ni dependiente de nosotros, sino abrirle al don de Dios, que le hará su hijo y nuestro hermano. María justifica la misión porque nos muestra que aquel que salvamos es un hermano llamado a ser plenamente hermano en Cristo.

4. María, presente en la misión de la Iglesia hasta el fin del tiempo

Hasta aquí hemos seguido a María en los Hechos de los Apóstoles. Pero otro indicio sobre la vida de María después de Pentecostés nos lo da san Juan, que la acogió entre sus cosas como Hijo (Jn 19,27). Él cuidaría de Ella, habitaría con Ella. Todo el Evangelio según san Juan está escrito desde esta convivencia con María.

Si preguntamos a san Juan cómo María participó en la misión de la Iglesia, él nos responde contándonos la visión de la mujer y del dragón (Ap 12). Esta mujer es María, y es también la Iglesia, a la luz de María. En esta visión la Iglesia huye, perseguida. Y, mientras es perseguida, va dando a luz.

La visión refleja lo que ocurre desde los primeros tiempos de la Iglesia. La expansión comenzó a la fuerza, sin muchos planes de antemano. Sucedió que los cristianos fueron expulsados de Jerusalén (Hch 8,1-4). Y, obligados a escapar, iban predicando el Evangelio allá por donde pasaban. Sólo los Apóstoles permanecieron en Jerusalén, con María. Allí había

comenzado la misión primera, sin moverse de lugar, y allí seguía. Consistía en vivir plenamente la comunión que Cristo les había confiado. Desde allí irradiaban esa comunión que permitía a los perseguidos ir edificando comunidades vivas.

Esto nos recuerda que el primer modo en que la Iglesia evangeliza es con su propia vida, es decir, viviendo en plenitud la vida en Cristo. La misión nace del bautismo, donde las aguas son como el útero de una nueva vida, que genera un nuevo pueblo. La misión nace de la Eucaristía, que alimenta y unifica a los que han renacido. Pues bien, en cada bautismo, en cada Eucaristía que edifica la comunidad, está María. Ella da a luz a los que “guardan los mandamientos de Dios y dan testimonio de Jesús” (Ap 12,17). Así que la misión de la Iglesia nace de los sacramentos, de la paciencia de vivirlos día a día, de dejar que actúen en nosotros y se propaguen más allá.

La salida hacia fuera viene luego, a partir de una desbordante vida interior. Una parte de la misión ha sido siempre el primer anuncio, con la novedad rompedora del Evangelio. Pero luego viene una segunda fase, para que el Evangelio arraigue, de forma a las costumbres, se instale en la vida de los hombres. Aquí la maestra es María. Imaginamos a María siguiendo a los evangelizadores, pero quedándose luego en cada nueva comunidad para que la fe arraigue.

Esto lo expresa bien la mujer del Apocalipsis, pues según Ella la misión de la Iglesia consiste en generar. Es decir, la misión nace, como toda vida, de una gestación oculta, de una interioridad donde se nutre la palabra hasta darla a luz. Igual que se genera desde una vida interior fuerte, y desde un espacio donde se cuida y se alimenta la semilla de la palabra, lo mismo ocurre en la misión.

*Esto significa que evangelizar como familia no consiste en hacer cosas ajenas a nuestra vida de familia. Al contrario, evangelizamos como familia solo si vivimos plenamente nuestra vida familiar. La misión nace cuando nuestra vida familiar desborda en otros. Es tan grande el don recibido en nuestro matrimonio, que fortalece a otros matrimonios, como en *Berit*. Es tan grande el don recibido con cada hijo, que nos dispone a mirar a muchos hombres como hijos, y nos une para educar a nuestros hijos, como en *Nazaret* o en *Kerit*. Es tan rica la experiencia de fraternidad, que queremos expandirla a la sociedad.*

Para terminar, podemos señalar algunos aforismos, que recogen lo que María aporta a la misión de nuestras familias:

- *No basta ser misioneros, hace falta ser misioneros familiarmente.*
- *No evangelizamos solo a personas aisladas, sino que evangelizamos los vínculos: el Evangelio se siembra en la amistad con otras familias y amigos.*
- *Evangelizamos cuando cultivamos un ambiente familiar, hecho de familias, donde podamos dar cobijo a otros que viven a la intemperie.*
- *La primera forma de la misión es la hospitalidad.*
- *La Iglesia, que se edifica sobre familias, también se expande desde las familias.*
- *La misión no es algo distinto de nuestra vida de familia, sino la misma vida de familia que se desborda y se entrega, porque solo así es verdadera vida de familia.*

5. Preguntas

Preguntas para el diálogo conyugal:

1. ¿Somos familia evangelizadora? ¿En qué se nota, qué aspectos de nuestra familia entendemos como misión?

2. ¿Concibo la tarea de la evangelización como algo privado, ajeno a mi familia? ¿Pienso que el apostolado familiar es “solo una parte” de mi misión o veo la familia integralmente dentro de mi acción evangelizadora?

3. ¿Qué aporta la virgen María en nuestro modo de concebir la evangelización dentro de la familia? ¿Tiene algo que decirnos? ¿En qué?

Preguntas para la reunión

1. ¿Cómo podemos hacer de Familias de Betania una realidad familiar que sea realmente evangelizadora? ¿Corremos el riesgo de que sea un “refugio afectivo” solo para nuestro pequeño reducto, a modo de “gueto”? ¿Acogemos de verdad, con corazón abierto e interés, a quienes vienen? ¿Hemos acogido a familias nuevas en nuestro equipo últimamente? ¿Qué nos puede ayudar a romper las inercias de reducirnos solo a quienes ya nos conocemos?

2. ¿Hay iniciativas apostólicas dentro de nuestro equipo? ¿Hemos acogido alguna misión nueva como equipo? ¿Nos hemos ofrecido como familia o como equipo dentro de Familias de Betania para asumir alguna misión? ¿O nuestra misión está al margen de nuestra consagración?

3. ¿Considero mi familia como clave integral y esencial en mi misión? ¿O pienso que mi familia es solo un aspecto más dentro de mi propia acción evangelizadora? ¿Cómo evangeliza fundamentalmente la familia? ¿Qué aspectos te han llamado más la atención?

4. ¿Qué papel tiene María en todo esto? ¿Cómo nos anima ella a convertirnos en apóstoles? ¿Qué hizo en las diversas etapas de su vida y ante los retos distintos que tuvo para ser y enseñarnos a ser apóstoles en la familia?